

sonas de quienes es apreciada. Aunque no tengo el honor de conocerla personalmente, no ignoro cuánto interés merece. Mlle. de Lespinasse se une a mí para suplicaros, Sr. Duque, tengáis a bien darnos noticias tuyas. Las esperamos.»

Era demasiado absurdo obligar durante el invierno a ponerse en camino para tan largo viaje a un enfermo como Mora, y por eso, sin duda, cesan las cartas en los meses de Diciembre, Enero y Febrero; mas no bien apunta la primavera, de nuevo escribe D'Alembert más apremiante que nunca, tocando en las siguientes cartas todos los registros de su ridícula y repugnante sensiblería, y confirmando él mismo de su puño y letra los vergonzosos textos que antes citamos, de Grim en su correspondencia y Marmontel en sus Memorias.

«Paris 4 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Quedo abrumado de reconocimiento por vuestra bondad, y os suplico recibáis mis humildes al mismo tiempo que tristes gracias. Las noticias que me habéis hecho el favor de darme me alarman en extremo, pues además de que creo el último accidente del Sr. Marqués de Mora más conside-

rable y más prolongado que los anteriores, hay también esa tos, que parece muy alarmante por el efecto que puede hacer en el pecho, y porque temo sea consecuencia de la quina y el hierro que, contra el parecer de Mr. Lorry, ha tomado. No temo menos, lo mismo que Mr. Lorry, al influjo que el aire seco y ardoroso de Madrid puede tener en ese pecho, ya tan débil por el último accidente, y verisimilmente irritado y caldeado por el remedio de que el Sr. Marqués de Mora ha hecho uso. No os ocultaré, señor, que Mr. Lorry teme mucho la influencia del próximo verano; teme que el exceso de calor rarifique demasiado la sangre de Mr. de Mora y se hagan los accesos aún más frecuentes. Su estado será entonces verdaderamente espantoso, porque apenas tendrá tiempo de respirar en tan cortos intervalos. El Sr. Caballero de Magallón me ha enseñado la carta que le escribió sobre la salud de Mr. de Mora, y esta carta me prueba, señor Duque, que no habéis olvidado nuestra lengua, como me asegurabais; porque la traducción que de ella me ha hecho Mr. de Magallón no añade claridad ninguna al texto de la que me hicisteis el honor de escribirme. Decis a Mr. de Magallón que la Sra. Duquesa de

Villahermosa ha empeorado, impresionada por el estado de Mr. de Mora. Espero que este mal será pasajero, porque me habían dicho que desde algún tiempo acá su salud era muy buena. Tengo tal confianza en vuestra bondad, Sr. Duque, que espero con la mayor impaciencia la llegada del correo de mañana sábado: Dios quiero que calme la inquietud en que estoy. Mme. Geoffrin y Mlle. de Lespinasse quedan siempre muy agradecidas al honor de vuestro recuerdo: el estado habitual de ésta es el de fiebre continua y continuos sufrimientos. En cuanto a Mme. Geoffrin, parece rejuvenecer. Ya sabréis el gran negocio que ocupa a la Corte de España y a ésta: el proyecto de restablecer los jesuitas, bajo otra forma o bajo otros auspicios. Excusado era matarlos si habían de resucitarlos después. Por lo demás, no nos ocupamos aquí ordinariamente más que de teatros, músicas y frivolidades que interesan muy poco a trescientas leguas de distancia. Me guardaré, pues, de fastidiaros con estos cuentos en que no tomo ninguna parte, y me limitaré a renovaros, etc., etc.»

Sin fecha.

«Sr. Duque: Las últimas noticias que habéis tenido la bondad de darme son, en efecto,

desoladoras, y todas vuestras alarmas han pasado a mi alma. Mr. Lorry escribe una segunda carta al Sr. Marqués de Mora, pero todos sus socorros llegan tarde. Los remedios que ha tomado Mr. de Mora le han envenenado, y temo mucho los efectos de esa quina y ese hierro. Está demostrado que la fuerza y duración de esta hemorragia viene de esa causa: Mr. Lorry no lo duda. Será preciso mucho tiempo, muchos cuidados y, sobre todo, otras luces distintas de las que guían la curación de Mr. de Mora, para reparar el mal que le han hecho, Mr. Lorry desearía vivamente estar en circunstancias de asistir a Mr. de Mora; pero a tanta distancia los consejos no sirven sino para turbar e inquietar. Mucho espero de vuestra bondad, Sr. Duque, y aguardo el martes próximo en un estado de agitación y dolor que no podrá calmarse hasta que sepa que vos lo estáis por completo. Jamás ha causado nadie alarmas tan vivas y crueles como las que causa el Sr. Marqués de Mora a sus amigos. Hay entre ellos quien no me extrañará sea víctima de su afecto hacia él. Es verdad, sin embargo, que nadie hay tampoco que merezca como él excitar interés tan vivo. Su familia, su médico, sus amigos, sólo tienen un

reproché que hacerle: el de obstinarse en respirar un aire que hace mucho tiempo cree mortal su médico, y dejarse conducir por las luces de hombres que han desconocido seguramente el origen de su mal, siendo esto causa de que no prescriban un remedio que no aumente el peligro de Mr. de Mora. Uníos, señor Duque, a Lorry y al interés de la vida de nuestro amigo, para salvarle del peligro en que están sus días. Aún es tiempo: los accidentes anteriores han sido tan fuertes como éste, y, por lo tanto, no serán sus consecuencias más peligrosas. Por mucho que hayáis sufrido al verle en tan lamentable estado, envidio vuestra suerte. Es espantoso estar a trescientas leguas y esperar cuatro días noticias tan interesantes. Nunca sabré expresaros, señor Duque, el sensible reconocimiento de que estoy poseído, ni seré bastante feliz para probaros los sentimientos, etc., etc.»

«Paris, 11 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Aumentáis todos los días la gratitud que os debo. Tenía la más apremiante necesidad de las noticias que me dais: en mi vida he sentido alarmas semejantes, y no tengo expresiones para daros las gracias. He es-

tado aguardando en la Casa de Correos la llegada de la mala, y aunque espero mañana noticias todavía mejores que las del 24, iré de la misma manera a esperarlas al correo, a fin de recibirlas una hora antes. Las palabras que venían escritas en vuestra carta, por el reverso del sobre, *está bien*, me han vuelto la vida, y he quedado muy agradecido, en particular a este rasgo de bondad inaudito por vuestra parte: es propio de un alma bien sensible y que debe haber sufrido cruelmente, para saber ponerse tan bien en el caso de los que sufren. Sin tomar alientos he ido a llevar estas noticias a Mlle. de Lespinasse, que las esperaba con un terror y un espanto que me tienen muy alarmado. En ninguna parte del mundo puede ser tan amado el Sr. Marqués de Mora como lo es en este rinconcito que habitamos. Di parte al punto de estas consoladoras noticias a Mr. Lorry, y le he anunciado la consulta que me prometéis. La voz de todos es aquí unánime contra el clima de España, y todos tienen el mayor deseo del mundo de que el Sr. Marqués de Mora venga junto a Lorry, para que se haga cargo éste de su salud, que se promete restablecer. Ya habéis visto, Sr. Duque, que el descuido de los médicos de España ha estado á pi-

que de cortar la vida al Sr. Marqués de Mora. ¿Quién os responde de que en el porvenir vean más claro y acierten mejor? Para disminuir, Sr. Duque, el pesar que causará al Sr. Marqués de Mora dejar la España, sería una acción verdaderamente digna de vuestra amistad que le acompañaseis vos con la Sra. Duquesa de Villahermosa; así os encontrarías, tanto vos como él, en compañía de los seres más queridos que tenéis en el mundo, y podríais decir que le habíais, no sólo asegurado la salud, sino salvado también la vida. Yo no sé si este proyecto os parecerá extraordinario; a mí me parece muy fácil, cuando pienso en vuestros sentimientos por el Sr. Marqués de Mora, y en la necesidad de sacarlo prontamente de ese clima funesto y de huir de los médicos que le han envenenado. Permitidme, Sr. Duque, esperar con el más vivo deseo vuestra vuelta a Francia, a no ser que la residencia aquí os sea ya insoportable; mucho me prometo frecuentar vuestro trato más que en el pasado. Os doy un millón de gracias por haberme dado noticias de la Sra. Duquesa de Villahermosa. Había sabido por el Sr. Caballero de Magallón que el estado de su señor hermano le afectó vivamente, y me habéis vuelto la tranquilidad,

haciéndome saber que sus dolencias han calmado. Su sensibilidad aumenta el interés que su persona inspira. Estaba desesperado porque las noticias del Sr. Príncipe de Pignatelli (1) hubiesen llegado con tan poca oportunidad; cuando estabais inquieto, se hallaba él perfectamente, y nunca ha estado en verdadero peligro, ni tenido un solo accidente alarmante. A mi juicio, está mejor que antes de su enfermedad, y ya desearía yo que las sangrías hubiesen debilitado a Mr. de Mora tan poco como a él. Mlle. Geoffrin y Mlle. de Lespinasse han compartido todos nuestros sentimientos de dolor y de alegría, y os dan mil gracias por vuestros recuerdos. Recibid, Sr. Duque, la expresión más sincera, etc., etc.»

Hasta el presente, limitase D'Alembert a indicar tan sólo la necesidad del cambio de clima, pero sin atreverse a soltar aún el absurdo de que era París el punto de aires sanos para un físico, que su sabio doctor recomendaba. Algo insinúa ya sobre este punto capital, al allanar en la carta anterior todas las dificultades a su gusto, proponiendo acompañen

(1) D. Luis Pignatelli y Gonzaga, hermano de la Duquesa y de Mora, enfermó también en París por aquel tiempo.

al enfermo los Duques de Villahermosa; mas en la siguiente expresa ya del todo su pensamiento, y temiendo sin duda lo absurdo de la propuesta, apresúrase a paliarla con la asistencia inmediata de Lorry, que habia de exceder a todas las ventajas. La hoja suelta de que habla esta carta, debió ser sin duda la que, según Marmontel, dictó la misma Lespinasse.

«Paris 14 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Mr. Lorry ha respondido a la consulta, y en cuanto a lo concerniente al clima, ha dicho su opinión en hoja aparte. Pero nada añade a esto a las dos cartas que he escrito yo a Mr. de Mora, y que deben decirle a partir al momento, sin esperar esta respuesta, que, como veréis, no es más decisiva ni más absoluta que su primera opinión.

»Y es necesario confesar que desde el momento en que Mr. de Mora salió de Bayona, Mr. Lorry no ha mudado su opinión de que le era necesario volver a respirar el aire de Paris. Ha escrito cinco o seis veces a Mr. de Mora, y es inconcebible que no le haya hecho hasta ahora más impresión. Pero sobre lo que Mr. Lorry no insiste todo lo bastante, por modestia y desconfianza de sí mismo, es sobre

la importancia de su asistencia a Mr. de Mora. Porque aun suponiendo que haya algún clima o aire que sea igualmente bueno al de Paris, lo cual no cree Mr. Lorry, es necesario contar con cosa tan importante como tener a un hombre tan ilustrado y amigo por médico. Esto es, sin duda, lo que el Sr. Marqués de Mora no encontrará sino en Paris. No os ocultaré, señor Duque, que Mr. Lorry teme verdaderamente por el pecho de Mr. de Mora, si no se decide a huir pronto de ese aire pernicioso. Sería, pues, necesario que Mr. de Mora partiese sin perder un momento, a fin de evitar los calores en su viaje. Vos, Sr. Duque, que tan bien sabéis amar, y conocéis todo el valor de vuestro amigo, animadle, y, a menos de imposibilidad, haced el sacrificio de acompañarle. Sabréis seguramente que el Sr. Príncipe Pignatelli piensa partir dentro de un mes, lo más tarde, para reunirse con su señor padre, que, por consecuencia, será cuidado como merece. Mr. de Magallón se ha encargado de una carta que Mr. Lorry os escribe, de una consulta latina para Mr. Pereira, y de una hoja volante sobre el clima. Si la cuestión no envolviese interés tan grande como es el de la salud y la vida del Sr. Marqués de Mora, vues-

tro amigo tendría un millón de perdones que pedirnos por la extensión, machaconería e importancia de mis cartas. Recibid, Sr. Duque, las seguridades, etc., etc.

»*P. D.*—Permitidme incluya en mi carta la adjunta esquila para Mr. de Mora.»

En la adjunta carta aparece ya decidido el viaje de Mora, bajo la responsabilidad de Lorry, que asegura está el enfermo en disposición de marchar en aquellos momentos.

«Paris 20 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: No tengo expresiones para demostraros mi reconocimiento. Comprendo que debo este exceso de bondad a vuestra amistad por el Sr. Marqués de Mora, y a él le toca, pues, desquitarme con vos. He comunicado a Mr. Lorry las noticias que tenéis la bondad de darme. El exceso de debilidad de Mr. de Mora me inquieta. Sin embargo, lo más terrible que había era el pecho, y me tranquilizáis diciéndome que ya no tose. Mr. Lorry no duda que Mr. de Mora está en disposición de marchar en este momento. Debe haber recibido la respuesta a su consulta y una carta del todo decisiva. Bien quisiera que esta carta no le encontrase en Madrid y le fuese enviada.

Hemos sabido con dolor que el Sr. Conde de Fuentes ha estado otra vez enfermo con dos sangrías: en ninguna parte del mundo se sangra tanto como en Madrid. Si el Sr. Marqués de Mora debe partir, obligadle, Sr. Duque, a no perder un momento, a causa de la estación, en primer lugar, y en segundo, porque Mr. Lorry desea que esté aquí antes de cumplir los tres meses de su accidente, para hacerle aplicar las sanguijuelas. Por otra parte, debe tener lo que el tiempo traiga consigo, porque hace dos años que está oprimido por toda clase de desgracias. Comprendo, Sr. Duque, vuestro sentimiento por la muerte del Infante niño (1) y tomo en él toda la parte posible. Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin quedan muy agradecidas por vuestros recuerdos, y estarían encantadas si pudieran veros por aquí pronto. Recibid, Sr. Duque, la seguridad del más vivo y respetuoso, etc., etc.

»*P. D.*—Nada me decís de la salud de la señora Duquesa de Villahermosa, y espero sea esto señal de que es buena, como mucho lo deseo. Si viniera a este país os suplicaría solici-

(1) El infante D. Carlos, nieto primogénito de Carlos III.

taseis de ella me permitiese ofrecerla mis respetos.»

Esta fué la última carta de D'Alembert en aquella funesta y vergonzosa intriga; después de ella ya no se encuentra otro rastro auténtico del desdichado Mora, sino la siguiente partida de difunto fechada en Burdeos:

«El 27 de Mayo de 1774 ha muerto en esta parroquia, después de recibir los Sacramentos, el muy alto y poderoso señor José Pignatelli y Gonzaga, Marqués de Mora, Gentilhombre de Cámara de Su Majestad Católica, con ejercicio, de edad de unos treinta años, hijo legítimo y primogénito de su excelencia el Conde de Fuentes y la señora María Luisa de Gonzaga, viudo de la muy alta y poderosa señora María Ignacia Abarca de Bolea; y al día siguiente fué enterrado su cuerpo solemnemente en la iglesia, estando presentes los señores Ducastaing y Duriala, sacerdotes coadjutores, en fe de lo cual,

BALETTE, *Vicario de Puy-Paulin,*

JANDRÉ, *Cura de Puy-Paulin,*

aprobando las raspaduras y ediciones hechas en dicha partida, hoy 19 de Julio de 1774.»

Ninguna noticia, ninguna relación de este

funesto viaje en busca de la muerte, ni de su desastroso término, ha quedado por ninguna parte, si se exceptúa este lúgubre documento. La familia de Mora parece guardar un estudiado silencio sobre todo cuanto se refiere al desdichado Marqués, como si temiese que sus ideas revolucionarias, que tan oportunamente ahogó la muerte, trascendieran fuera de la sepultura. Mlle. de Lespinasse, por su parte, trunca y trastorna los escasos hechos que llegaron a su noticia, ora ocultando, ora inventando, para amoldarlo todo a la especie de reclamo que de la pasión de Mora hizo, a fin de ablandar el corazón, harto duro, del sustituto, que aun antes de morir aquél ya le había puesto. Sábese, sin embargo, positivamente que Mora salió de Madrid el 3 de Mayo de 1774, acompañado por el médico Navarro y dos criados; que llegó a Burdeos el 23 del mismo mes, y murió el 27 de resultas de una espantosa hemorragia que la fatiga del viaje y el criminal engaño de Lorry, D'Alembert y la Lespinasse le produjeron. Sábese también que en aquel tremendo desamparo de la muerte que venía a sorprenderle en el mísero cuarto de una posada, el desdichado Mora volvió los ojos a Dios, recibió los auxilios de la Religión,

y murió en el seno de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana en que había nacido, renegando sin duda de las perversas ideas y los falsos amigos que habían extraviado su alma y precipitado su muerte. Quizá aquel misterioso retiro de Veruela logró mantener viva en el fondo de su alma una centellita de fe que no consiguieron ahogar ni las cenizas de la impiedad ni el cieno de los vicios; quizá también las oraciones de sus dos santas hermanas María Luisa y María Manuela le alcanzaron en su hora postrera la última decisiva gracia.

En cuanto a Mlle. de Lespinasse, murió dos años después (23 de Mayo de 1776) víctima del ardor de su temperamento y de la nueva pasión, a veces desdeñada y a veces explotada, que un año antes de morir Mora le había inspirado el Conde de Guibert, uno de los *pequeños grandes hombres* que los entusiasmos libidinosos de las mujeres famosas de aquella época fabricaban a cada paso sobre la petulante presunción de cualquier-fatuo buen mozo. Y mientras D'Alembert, instigado por su doblemente falsa amiga, arrancaba con criminal engaño al desdichado Mora de casa de sus padres para llevarle a morir en el rincón de una posada,

la sensible filósofa escribía a Guibert esa serie de ponderadas cartas que han resucitado su fama en nuestra época, y en las que todo, hasta el entusiasmo de sus admiradores, resulta postizo.

Mlle. de Lespinasse murió impenitente, rodeada tan sólo de los impíos que habían formado sus delirios, sin Dios, sin fe y sin esperanza. En el momento de expirar, el *pequeño grande hombre* Guibert dijo solemnemente esta blasfema necedad, que desde tres o cuatro días antes tendría preparada sin duda: «El Señor ha herido al pastor, y el rebaño se ha desbandado.» Aquella misma noche el sensible Guibert se consolaba en el teatro.

En el testamento hace Mlle. de Lespinasse el extraño encargo de que un cirujano de la Caridad o de cualquier otro hospital, le abra el cráneo seis horas después de muerta; y en una carta dirigida a D'Alembert, como complemento de su testamento, encarga a éste las siguientes disposiciones: «Suplico a Mr. D'Alembert tenga la bondad, en el instante de mi muerte, de buscar en mis bolsillos o en mis cajones dos retratos del difunto Sr. Marqués de Mora; me hará quitar una sortija de cabellos que he llevado siempre en el dedo; quitará

también de mi reloj dos corazoncitos que penden de la cadena, uno de cabellos y otro de oro; pondrá todo esto en una cajita y lo remitirá a la Sr. Duquesa de Villahermosa, con una carta en que conste que yo soy quien he dispuesto al morir que se le remita cuidadosamente esa caja. Convendría encargarse del envío al Sr. Conde de Aranda» (1).

En el triste inventario de alhajas, ropas y efectos de Mlle. de Lespinasse, vendidas en pública subasta después de su muerte, consta esta partida: «Dos retratos del difunto Mr. de Mora, una sortija, dos corazoncitos, de oro uno, apreciado el lote en quince libras.»

D'Alembert mismo adquirió este lote en la subasta, para cumplir, sin duda, como en efecto hizo, la última voluntad de su amiga, remitiéndolo todo a la Duquesa de Villahermosa. Los retratos y los simbólicos corazones han desaparecido; la sortija encuéntrase en compañía de otro anillo dado por Lespinasse a Mora, y arrancado también al cadáver de éste para la Duquesa de Villahermosa. La primera de estas sortijas consiste en un aro de oro ceñido por una trenza de pelo rubio oscuro,

(1) Era entonces Embajador en Paris.

unido en sus extremos por una chapa de oro en que se lee: *Memoire du.....* Forma la segunda un aro de oro con un calendario mensual perpetuo esculpido, y una chapa en que hay un lema que no puede leerse sin cierto temeroso disgusto a través de más de un siglo, y sobre el recuerdo de un muerto: *Que tout passe hors l'amour*. Sentencia muy propia de Mlle. de Lespinasse, que sustituía en su corazón pasiones, y aun las simultaneaba sin escrúpulos, y que proponemos se grave en el pedestal de la estatua que levantarán al cabo a esta *ideal* heroína del amor los admiradores de las pasiones del siglo XVIII. Por si el caso llega, les recomendamos como modelo para la estatua el de aquella gran meretriz de Babilonia que describe la Escritura, vestida de púrpura, sentada sobre una bestia roja, elevando sobre su cabeza una copa de oro llena de humanas inmundicias (1).

(1) *plenum..... immunditia fornicationis ejus.* (Apoc., cap. XVII-V-IV.)

